llero mereciera la borla de doctor en ignorancia social.

Amparo se reía sin decir nada, mirando á Caballero con indulgente desaprobación, como se mira á un niño merecedor por su buena índole de que se le perdonen las tonterías propias de la edad.

«Pues á oportuno no te gana nadie—dijo la Pipaón ensañándose un poco con su primo.—Buena cosa le propones á ésta. La ofendes... sin mala intención... le das una puñalada proponiéndole ir al teatro. ¿De qué crees que hablábamos las dos ahora, y no sólo ahora, sino otras veces? ¿Cuál es la afición, el deseo de esta infeliz? ¿No sabes? Tú qué has de saber si siempre estás en Babia. No tienes penetración. Otro cualquiera habría comprendido que Amparo está demente por hacerse monja... Eso se cae de su peso, porque verdaderamente, no puede, no debe, no está en circunstancias de aspirar... ¡Si no hablamos en casa de otra cosa...!

—Poco á poco, señora mía—observó Caballero sonriendo.—A mí no me han dicho nada.

—Pero eso se comprende, eso se adivina—replicó ella con la vehemencia que ponía siempre en sus apreciaciones sobre la cosa más absurda. —El hombre de sociedad caza las ideas al vuelo. Tú, si no te ponen las cosas delante, así, en la punta de la nariz, no las ves.

—Acabáramos.

—Otro hombre listo habría conocido la dificultad que hay para realizar este pensamiento, la dificultad de la dote... Esto se cae de su peso. Amparo es pobre. Nosotros somos ricos de buena voluntad nada más. Es verdad que tenemos buenas relaciones, y las buenas relaciones allanan los peores caminos. Nosotros tenemos muchos amigos, entre ellos algunos que son poderosos. ¿Seremos tan desgraciados que no encontremos algún solterón rico que tenga un arranque de generosidad y diga: «yo doy la dote para esa señorita monja?»



Rosalía miró al primo revelando la seguridad de obtener respuesta categórica y feliz á la indirecta que acababa de dirigirle. Agustín, herido en su sensible corazón, respondería infaliblemente: «Aquí está el hombre.» Pero la de Bringas vió fracasado por aquella vez su astuto plan, porque el primo, sin revelar haberlo comprendido, se levantó de súbito y dijo:

«Pues yo, prima, tengo que marcharme.»

Con mal disimulado despecho, Rosalía no pudo menos de exclamar:

«Eso es... siempre tan brutote... Abur, hijo, que te vaya bien; expresiones en llegando.»

## VI

Caballero dió un paso hacia la puerta. Pero en aquel instante entraron los dos niños pequeños de Rosalía, que venían del colegio. Corrieron ambos á abrazar á su mamá, y después á Amparo.

«Un besito al primo.

—Ven acá, mona,—dijo Caballero, que tenía pasión por los niños.

—La merienda, mamá,—clamaron los dos á un tiempo.

—La merienda, mamá,» repitió Caballero, tomando á cada uno de una mano y saliendo con ellos hacia el comedor.

Isabelita, cubierta la cabeza con una toquilla roja, calzados los pies de zapatillas bordadas, andaba á saltos, colgándose del brazo de Agustín. El pequeño, fajado en una especie de carrik que le arrastraba, con la cara mocosa y enrojecida por el frío, andaba como un viejo, haciéndose el cojo y el jorobado. Pero de repente daba unos brincos tales, y tan fuertes es tirones al brazo de su tío, que éste no podía menos de quejarse.

«Juicio, muchachos, juicio.»

Un momento después, cada uno de los Bringas del porvenir atacaba con furia un pedazo de pan seco. Caballero se sentó en una silla junto á la mesa del comedor, y les miraba embelesado, considerando y envidiando aquel soberano apetito, aquella alegría que rebosaba de ellos como del tazón de una fuente el agua henchida y rumorosa. Alfonsito, que había ido el domingo anterior con su tío al Circo de Price, dedicaba todas las horas libres al ejercicio de volatines. Sintiéndose con furiosas ganas de ser *clown*, quería imitar los lucidos ejercicios que había visto. Sin quitarse el carrik que le ahogaba, hacía difíciles cabriolas en los respaldos de las sillas.

«Niño, que te caes... Este pillo se va á matar el mejor día... Como le vuelvas á llevar al Circo, verás,» decía su madre, corriendo tras él.

Isabelita, sentada sobre las piernas de su tío, y cogiendo el pan con la mano izquierda, enseñábale con la derecha un sobado librejo, donde tenía varias calcomanías.

La Pipaón de la Barca, luego que le quitó el abrigo á Alfonsito, y los calzones y los zapatos, para que no destrozara la ropa con su endiablado furor acrobático, volvió á donde estaban su hija y el primo.



«¿Quieres tomar alguna cosa, Agustín? ¿Quieres una copita de manzanilla?... Es de la misma que nos has regalado. Así es que de lo tuyo bebes.

—Gracias, no tomo nada.

—Supongo que no lo harás de corto...»

Desde el otro lado de la mesa, la dama contempló largo rato en silencio el bonito grupo que hacían el salvaje y la niña, y fué acometida de un pensamiento muy suyo, muy propio de las circunstancias y que se había hecho consuetudinario y como elemental en ella. Era un desconsuelo que se había constituído en atormentador y en perseguidor de la buena señora, y como tal se le ponía delante muchas veces al día. Helo aquí:

«Si yo tuviera poder para quitarle al primo diez años y ponérselos á mi niña... ¡qué boda, santo Dios, qué boda y qué partido! Ya lo arreglaría yo por encima de todo, y domaría al cafre, que, bajo su corteza, esconde el mejor corazón que hay en el mundo. ¡Ay! Isabelita, niña mía, lo que te pierdes por no haber nacido antes... ¡y tú tan inocente sobre esas salvajes rodillas, sin comprender tu desgracia!... ¡tan inocente sobre ese monte de oro, sin darte cuenta de lo que pierdes!... ¡Oh! si hubieras nacido á los nueve meses de haberme casado yo con Bringas, ya tendrías diez y seis años. ¡Pobre hija mía, ya es tarde! Cuando tú seas casadera, el pobre Agustín estará hecho un arco... ¡Qué cosas hace Dios! ¡Ay, Bringas, Bringas!... ¡por qué no nació nuestra hija en el Otoño del 51!... ¡Una renta de veinte, treinta mil duritos!... lo bastante para ser una de las primeras casas de Madrid... Me mareo pensándolo... Y ahora, ¿á dónde irán á parar los dinerales de este pedazo de bárbaro?...»

Era tan enérgico, tan vivo este pensamiento, que la ambiciosa dama le veía fuera de sí misma, cual si tomase forma y consistencia corpóreas. La tarde caía, el comedor estaba obscuro. El pensamiento revoloteaba por lo alto de la sombría pieza, chocando en las paredes y en el techo, como un murciélago aturdido que no sabe encontrar la salida. La de Pipaón, á causa de la creciente obscuridad, no veía ya el grupo. Oía tan sólo los besos que daba Caballero á la niña, y las risas y chillidos de ésta cuando el salvaje le mordía ligeramente el cuello y las mejillas.

Otro pensamiento distinto del antes expuesto, aunque algo pariente de él, surgía en ocasiones del cerebro de la esposa de Bringas, sin darse á conocer al exterior más que por ligerísimo fruncimiento de cejas y por la indispensable hinchazón de las ventanillas de la nariz. Este pensamiento estaba tan agazapado en la última y más recóndita célula del cerebro, que la misma Rosalía apenas se daba cuenta de él claramente. Helo aquí, sacado con la punta de un escalpelo más fino que otro pensamiento, como se podría sacar de un lagrimal un grano de arena con el poder quirúrgico de una mirada:

«Si por disposición del Señor Omnipotente, Bringas llegase á faltar... y sólo de pensarlo me horripilo, porque es mi esposo querido... pero supongamos que Dios quisiese llamar á sí á este ángel... Yo lo sentiría mucho; tendría una pena tan grande, tan grande, que no hay palabras con qué decirlo... Pero al año y medio, ó á los dos años, me casaría con este animal... Yo le desbastaría, yo le afinaría, y así mis hijos, los hijos de Bringas, tendrían una gran posición, y creo, sí... lo digo con fe y sinceridad, creo que su padre me bendeciría desde el Cielo.»



«Luz, luz,» dijo á este punto una fuerte voz.

Era Bringas que volvía de su paseo vespertino. Todas las tardes, al salir de la oficina, iba al Ministerio de Hacienda, donde se le reunían don Ramón Pez y el oficial mayor del Tesoro. Los tres daban la vuelta de la Castellana ó del Retiro, y regresaban á sus respectivos domicilios al punto de las seis ó seis y media.

«Hola... ¿estás aquí?—preguntó don Francisco tropezando con Caballero.

—¿Sabes que vamos al teatro esta noche? Agustín nos ha traído butacas.

—Lo siento—manifestó Bringas;—pensaba trabajar esta noche... ¡Ah! gracias á Dios que traen luz... Mira, mirad qué bisagras tan bonitas he comprado para componer la arqueta de la Marquesa de Tellería. Quedará como nueva... Pero oye tú: si vamos al teatro, hay que comer temprano. Hija, son las siete menos cuarto.»

Rosalía, atenta á activar la comida, fué en busca de Amparo, y con aquel cariño que se desbordaba en ella siempre que á engalanarse se disponía para ir de fiesta, le dijo:

«Hijita, no trabajes más... Pon esta luz en mi tocador, que voy á empezar á arreglarme, y date una vuelta por la cocina á ver si esa calamidad de Prudencia ha hecho la comida... Lo mejor es que pongas tú la mesa... ¿Qué vestido crees que debo llevar?

—Lleve usted el de color de caramelo.

—Eso es, el de color de caramelo.»

Amparo pasó á la cocina.

«Luz á mi cuarto,» repitió Bringas.

El señorito, que estaba en su cuarto estudian-

do con Joaquinito Pez, pidió también luz. Porque su aplicado hijo no se quedase á obscuras, don Francisco renunció á alumbrar su cuarto, y con paternal abnegación dijo así:

«Yo me vestiré á obscuras... Agustín, ¿por qué no te quedas á comer con nosotros? Comeremos más y comeremos menos.»

Rosalía, que en aquel momento pasaba con un gran jarro para ir á la cocina en busca de agua, dió un disimulado golpe en el brazo de su marido. Bien entendió Bringas aquel mudo lenguaje, que quería decir: «no convides hoy, hombre.»

«Señores—dijo Amparo sonriendo,—apartarse. Voy á poner la mesa.»

Y mientras extendía el mantel, Caballero, mirándola, contestaba maquinalmente:

«Hoy no puedo. Me quedaré otro día.»

En esto llegaba al comedor un rumorcillo oratorio, procedente del inmediato cuarto en que encerrados estaban el estudioso hijo de Bringas y el no menos despierto niño de Pez. Ambos habían principiado la carrera de Leyes, y se adiestraban en el pugilato de la palabra, espoleados desde tan temprana edad por la ambicioncilla puramente española de ser notabilidades en el Foro y en el Parlamento. Paquito Bringas no sabía Gramática, ni Aritmética, ni Geometría. Un día, hablando con su tío Agustín, se dejó decir que Méjico lindaba con la Patagonia, y que las Canarias estaban en el mar de las Antillas. Y no obstante, esta lumbrera escribía Memorias sobre la *Cuestión Social*, que eran pasmo de sus compañeritos. La tal criatura se sentía con bríos parlamentarios, y como Joaquinito Pez no le iba en zaga, ambos imaginaron ejercitarse en el arte de los discursos, para lo cual instituyeron infantil



academia en el cuarto del primero, lo mismo que podrían establecer un nacimiento ó un altarito. Pasábanse las horas de la tarde echando peroratas, y mientras el uno hacía de orador, el otro hacía de presidente y de público. Algunas veces concurrían á aquel juego otros amigos, el chico de Cimarra, el de Tellería, y mejor repartidos entonces los papeles, no se daba el caso de que uno mismo tocara la campanilla y aplaudiera.

Agustín y don Francisco se acercaron á la puerta y oyeron de la propia boca de Joaquinito estas altisonantes palabras: «Señores, volvamos los ojos á Roma; volvamos á Roma los ojos, señores, ¿y qué veremos? Veremos consagradas por primera vez la propiedad y las libertades personales...»

«Estos chicos de ahora son el demonio...—dijo el padre sin disimular su gozo.—A los quince años saben más que nosotros cuando llegamos á viejos... Y lo que es éste hará carrera. Pez me ha prometido que en cuanto el niño sea licenciado, le dará una placita de la clase de quintos... A poco más que se ejercite, hablará mejor que muchos diputados...

—A estos condenados chicos—observó Agustín,—parece que los ha traído al mundo la diosa, el hada ó la bruja de las taravillas...

—Y en la manera de educarlos, querido—indicó Bringas frotándose las manos,—no soy de tu parecer. Lo que tantas veces me has dicho de enviarle á una casa de Buenos Aires ó de Veracruz con buenas recomendaciones, sería malograr su brillante porvenir burocrático y político... Ea, niños—añadió abriendo la puerta del cuarto.—Se levanta la sesioncita. Venga esa luz...»

Joaquinito, saliendo del cuarto con un rimero

de libros debajo del brazo, despidióse de don Francisco, y el primogénito de Bringas entregó la luz á su padre, que se dirigió al despacho. Este tenía una como alcobilla que le servía de taller y de vestuario. Allí estaban sus herramientas, su lavabo y su ropa.

«Ven para acá, Agustín,» decía, luz en mano, marchando con grave paso hacia su cuarto.

Iluminado de lleno aquel semblante, que pertenecía tambien á una de las más insignes personalidades del siglo, semejaba mi don Francisco el faro de la historia derramando claridad sobre los sucesos. Luego que llegaron, puesto el humoso quinqué sobre la mesa, Thiers dijo á su primo:

«Paquito será un funcionario inteligente, y después... sabe Dios qué. Ahora, lo que más me preocupa es la educación de Isabelita, que dentro de algunos años será una mujer. Es preciso ponerle maestro de piano... de francés. La música y los idiomas son indispensables en la buena sociedad.

Caballero debía de pensar en las musarañas, porque no respondió cosa alguna.

En tanto, Rosalía tan pronto reclamaba el auxilio de Amparo para algún servicio de tocador, como la mandaba á la cocina para que la comida no se retrasase. Por no tener dos cuerpos, atendía la joven difícilmente á cosas tan diversas. La señora, después de arreglarse el pelo, se había restregado muy bien el cuello y los hombros con una toalla mojada, y luego empezó con esmero el aliño de su rostro, que en verdad no necesitaba de mucho arte para ser hermoso.

«Por Dios, hija, da una vuelta por allá... No, alcánzame antes ese lazo azul... Ve, corre pronto. Ya pueden poner la sopa. Comerás con nosotros; luego acuestas á los chicos, y te vas.»



Poco después Prudencia ponía la sopera humeante en la mesa del comedor, y los pequeños daban voces por toda la casa llamando á comer. Ellos fueron los primeros que tomaron asiento, metiendo mucha bulla; vino luego don Francisco vestido ya y muy limpio, mas con el chaquetón de casa en vez de levita; siguióle Paquito leyendo un librejo, y, por último, apareció Rosalía.

«¡Qué guapa estás, mamá!

—Silencio... os voy á dar azotes.

—¡Qué blanquita estás, mamá!... ¡y qué rebonita!»

Y era verdad. Rosalía, compuesta y emperifollada, no parecía la misma que tan al desgaire veíamos diariamente consagrada al trajín doméstico, á veces cubierta de una inválida bata hecha jirones, á veces calzada con botas viejas de Bringas, casi siempre sin corsé, y el pelo como si la hubiera peinado el gato de la casa. Mas en noches de teatro se transformaba con un poco de agua, no mucha, con el contenido de los botecillos de su tocador y con las galas y adornos que sabía poner artísticamente sobre su agraciada persona. Tenía en tales casos más blanco el cutís, los ojos con cierta languidez, y lucía su bonito cuello carnoso. Fuertemente oprimida dentro de un buen corsé, su cuerpo, ordinariamente flácido y de formas caídas, se transfiguraba también, adquiriendo una tiesura de figurín que era su tormento por unas cuantas horas, pero tormento delicioso, si es permitido decirlo así. Presentóse en el comedor con su peinador parecido á sobrepelliz, y no le faltaba más que el vestido de color de caramelo para igualar á una duquesa.

«¿Llegaremos tarde?...—dijo, haciendo atrope-

lladamente las cortas raciones de sus hijos y de Amparo.

—Creo que estaremos allí á la mitad del primer acto. Echan *Dar tiempo al tiempo.*

—De Pipaón de la Barca... digo, de Calderón. ¡Cómo tengo la cabeza! A prisa, á prisa; comer á prisa... ¿Y Agustín?

—Se fué... Estábamos hablando de poner maestro de piano á la niña, cuando de repente, sin mirarme, dice: «Yo le compraré el piano á tu hija y le pagaré el maestro,» y sin darme las buenas noches salió como una saeta. Yo creo que Agustín no tiene la cabeza buena.»

La comida era escasa, mal hecha, y el comer presuroso y sin amenidad. Antes de concluir, Rosalía se levantó de la mesa para darse la última mano, y tras ella corrió Amparo, que casi casi no había comido nada. Se miraba y se remiraba la dama en el espejo de su tocador, manejando con nerviosa presteza la borla de los polvos. Luego se puso el vestido, y concluída esta difícil operación, siempre quedaba un epílogo de alfileres y lazos que no tenía fin.

«Ahora—dijo á la parásita,—acuestas á los niños y te vas á tu casa. No se te haga tarde... ¡Ah! Mañana me traes dos manojos de trencilla encarnada, y no te olvides del *cold-cream* de casa de Trasviña... Te traes también cuatro cuartos de raíz de lirio, y luego te pasas por la pollería y me compras media docena de huevos... Vaya, no más.»

Los chicos seguían enredando en el comedor.

«¿Qué ruido es ese? Paco, diles que si voy allá... A ver: el abrigo, los guantes, el abanico. Bringas, ¿te has arreglado?

—Ya estoy pronto—dijo el padre de familia,



que se acababa de enfundar en un gabán color de café con leche... ¿Será cosa de llevar paraguas? Lo llevaremos por si acaso.

—Vamos, vamos... ¡qué tarde es...! ¿Se olvida algo?»

Y desde la puerta volvía presurosa.

«¡Jesús! ya me dejaba los gemelos... Vamos... Abur, abur...»

## VII

Iban á pie, porque los gastos de coche habrían desequilibrado el rigurosísimo presupuesto de don Francisco, que á su cachazudo método debía la ventaja de atender á tantas cosas con su sueldo de veinte mil reales. En el teatro pasaba Rosalía momentos muy felices, gozando, más que en la función, en ver quién entraba en los palcos y quién salía de ellos, si había mucha ó poca concurrencia, si estaban las de A ó las de B y qué vestidos y adornos llevaban, si la marquesa ó la condesa habían cambiado de turno. En los entreactos leía Bringas *La Correspondencia;* luego subía á éste ó el otro palco para saludar á tal ó cual señora, y Rosalía, desde su butaca, cambiaba sonrisas con sus amigas. Era ella dama de buenas vistas, sin que llegara á ser contada entre las celebridades de la hermosura; era simplemente *la de Bringas,* una persona conocidísima, entre vulgar y distinguida, á quien jamás la maledicencia había hecho ningún agravio. Madrid, sin ser pequeño, lo parece á veces (entonces lo parecía más), por la escasa renovación del personal en paseos y teatros. Siempre se ven las mismas caras, y cualquier persona que concurra con asiduidad á los

sitios de pública diversión, concluye por conocer en tiempo breve á todo el mundo.

A Rosalía le gustaba, sobre todas las cosas, figurar, verse entre personas tituladas ó notables por su posición política y riqueza aparente ó real; ir á donde hubiese animación, bulla, trato falaz y cortesano, alardes de bienestar, aunque, como en el caso suyo, estos alardes fueran esforzados disimulos de la vergonzante miseria de nuestras clases burocráticas. Era hermosa, y le gustaba ser admirada. Era honrada, y le gustaba que esto también se supiera.

Merece ser notado el heroísmo de los Bringas para presentarse en la sociedad de los teatros con aquel viso de posición social y aquel aire de contento, como personas que no están en el mundo más que para divertirse. Todo el sueldo del oficial segundo de la Comisaría de los Santos Lugares no habría bastado al derroche de butacas, si éstas se hubieran comprado en el despacho. Sobre que don Francisco era hombre de probidad intachable, la índole de su destino no le habría permitido manipularse un sobresueldo, como es fama que hacían los Peces y otros funcionarios de la casta ictiológica. No: los Bringas iban al teatro, digámoslo clarito, de limosna. Aquellos esclavos de la *áurea miseria* no se permitían tales lujos sino cuando ésta ó la otra amiga de Rosalía les mandaba las butacas de turno, por no poder ir aquella noche; cuando el señor De Pez ó cualquier otro empleado pisciforme les cedía el palquito principal. Pero eran tantas y tan buenas las relaciones de la venturosa familia, que los obsequios se repetían muy á menudo. Luego la liberalidad del primo Caballero aumentó estos zarandeos teatrales.



El desnivel chocante que se observa hoy entre las apariencias fastuosas de muchas familias y su presupuesto oficial, emana quizás de un sistema económico menos inocente que la maña y el arte ahorrativo del angélico Thiers y que la habilidad de Rosalía para explotar sus relaciones. Hoy el parasitismo tiene otro carácter y causas más dañadas y vergonzosas. Existen todavía ejemplos como el de Bringas, pero son los menos. No se trate de probar que la mucha economía y un poco de adulación hacen tales prodigios, porque nadie lo creerá. Cuando algún extranjero, desconocedor de nuestras costumbres públicas y privadas, admira en los teatros á tantas personas que revelan en su cara desdeñosa una gran posición, á tantas damas lujosamente adornadas; cuando oye decir que á la mayor parte de estas familias no se les conoce más renta que un triste y deslucido sueldo, queda sentado un principio económico de nuestra exclusiva pertenencia, al cual se ha de aplicar pronto una voz puramente española, como el vocablo *pronunciamiento*, que está dando la vuelta al mundo y anda ya por los antípodas.

Esto no va con los pobres y menguados Bringas, que por no bajar un ápice de la línea social en que estaban, sabían imponerse sacrificios domésticos muy dolorosos. En el verano del 65, recién abierto el ferrocarril del Norte, la familia no consideró decoroso dejar de ir á San Sebastián. Para esto, don Francisco suprimió el principio en las comidas durante tres meses, y el viaje se realizó en Agosto, por supuesto consiguiendo billetes gratuitos. Por no poder sostener dos criadas, el santo varón se embetunaba todas las mañanas sus propias botas, y aun es fama que se atrevió

á componerlas alguna vez, demostrando así su prurito económico como su saber en toda clase de artes. Rosalía barría y arreglaba su cuarto. Cuando Amparo dió en ir á la casa, ésta la peinaba, pues Bringas declaró guerra á muerte á los gastos de peinadora. Las comidas eran por lo general de una escasez calagurritana, por cuyo motivo estaban los chicos tan pálidos y desmedrados.

Don Francisco era hombre que si veía en la calle un tapón de corcho, ó un clavo en buen estado, se bajaba á cogerlo. Las hojas blancas de las cartas que recibía servíanle las más de las veces para escribir las suyas. Tenía un cajón que era la sucursal del Rastro, y no había cosa vieja y útil que allí no se encontrara. No estaba suscripto á ningún periódico, ni en su vida había comprado un libro, pues cuando Rosalía quería leer alguna novela, no faltaba quien se la prestase. Y la misma escuela económica era tan bien aplicada al tiempo, que á Bringas nunca le faltaba el necesario para cepillar su ropa y quitarle el lodo á los pantalones. Cuando Prudencia estaba muy afanada con la comida y el lavado de la ropa, el jefe de familia, acudiendo á la cocina en mangas de camisa, no se desdeñaba de aviar las luces de petróleo ó de hacer la ensalada; y en días de limpieza, él mismo ponía las cenefas de papel picado en la cocina. Saca á relucir indiscretamente estas cosillas el narrador, para que se vea que si aquella pareja sabía explotar á la sociedad, no dejaba de hacerse merecedora, por su arreglo sublime, de las gangas que disfrutaba.



# VIII

Tres noches después, el primo repitió el obsequio de las butacas; pero Rosalía vaciló en aceptarlas, porque al pequeñuelo le había entrado una tos muy fuerte y parecía tener algo de fiebre. A todo el que á la casa llegaba, decía la señora: «¿Qué le parece á usted, tendrá destemplanza?» Y á su marido le preguntaba sin cesar: «¿Qué hacemos, vamos ó no al teatro?» El amor á las pompas mundanas no excluía en la descendiente de los Pipaones el sentimiento materno, por lo cual, después de muchas dudas, resolvió no salir aquella noche. Pero después de las seis estaba el chiquitín tan despejado, que ganó terreno la opinión contraria, y con ingeniosas razones Rosalía la hizo prevalecer al fin.

«Bien, iremos, aunque no tengo ganas de salir de casa—dijo, preparando sus atavíos.—Pero tú, Amparo, te quedas aquí esta noche. No me fío de Calamidad. Quedándote tú, voy tranquila. Se te arreglará tu cama en el sofá del comedor, donde dormirás muy ricamente como aquellas noches, ¿te acuerdas?... cuando Isabelita estuvo con anginas. Fíjate bien en lo que te digo. Le das el jarabe antes de que se duerma, y si despierta, otra cucharadita.»

No dejemos pasar, ya que se habla de medicinas, un detalle de bastante valor que puede añadirse á los innúmeros ejemplos de la sabiduría vividora de los Bringas. Aquella feliz familia traía gratis los medicamentos de la botica de Palacio, por gracia de la inagotable munificencia